

"Eidos"
 Dolores Linares Ullode
 catedrática
 Juan Peyra
 SALAMANCA

Miguel Delibes, académico

En sesión de tarde, el primero de febrero de este año, y pasadas las ocho, Miguel Delibes ha pasado a formar parte del grupo de Académicos de la Lengua como miembro numerario.

Esta elección es un regalo a la gran cantidad de lectores que leen pausadamente, sin verse obligados a distorsiones mentales y de sentimiento, las obras de Delibes, desde su desigual y barroca novela del Nadal, La sombra del ciprés es alargada, hasta la, al decir de los críticos, esperpéntica Parábola del naufrago.

Escritor sereno, de idioma natural y puro, sin influencias viejas y que se declara no intelectual. Dueño del tiempo en su vida y en su obra, no hay en él inútiles gestos de aceleración y afirma que el eje de sus obras es el hombre y sus pasiones.

En este eje destacan dos tipos, los hombres de campo, de su campo de Castilla, sobre todo, a los que observa y conoce, más que para describirlos, para pararlos en un momento y dar la visión del hombre en un tiempo concreto que a la vez es total.

«El Juan Gualberto es taimado y sentencioso. Lo era ya veinte años arriba, a raíz de cumplir los cincuenta. El buen perdicero, el perdicero en solitario, reserva la premura para una necesidad. Verbigracia: cuando el bando apeona hacia la ladera y es preciso sorprenderle a la somada. Por lo demás, el Juan Gualberto, el Barbas, es cauto y cogitabundo; gusta de llamar al pan, pan, y al vino, vino.»
 (La caza de la perdiz roja.)

Tras describir a estos hombres, se adentra hasta dejar de escribir de ellos y escribir como ellos. Sin idealizaciones masivas, sin tesis de pensamiento a que subordinar hombres y sucesos, va al hombre y sencillamente recoge su hondura y su miseria y el estilo de ambas; y así lo dice.

Otro tipo de hombres en los que se detiene son los de la ciudad, la pequeña ciudad de provincias, la burguesía, a la que trata con diversa suerte en varias novelas. Primero es el recuento melancólico, casi fatalista, que poco a poco se va haciendo crítica de postulados absurdos o se convierte en viva disección, cruel y apenas sin perdón, cuando no los coloca en contraste de vidas de campo, burdas y cortas, pero sinceras.

Delibes, serenamente, sin prisa, ha afirmado y reconocido que los



ingredientes fundamentales de sus escritos son: naturaleza, muerte, infancia, prójimo.

* * *

La naturaleza es para Delibes ambiente y marco con alma, algo hondo y cálido ante la cual la contemplación prepara la zambullida total. Total y hecha con la naturalidad de quien la vive y respira sin asombro de descubrimiento, con la sabiduría asentada que acepta su maravilla y su dureza sin análisis, sin disecciones intelectualistas.

Pero la naturaleza está ahí, enfrente y arriba, bajo el pie del cazador, al alcance de la mano del niño que juega en la orilla del río. Fuera y dentro de los ojos del pequeño, que sueña con ser enterrado a la sombra de un pino redondo y copudo y se desazona al ver la sombra afilada del ciprés sobre las tumbas, o naturaleza en recuerdo, deseo y tragedia final en la aventura de ver la ciudad nevada a la luz de la luna.

Pero donde más le gusta al autor situarse es inmerso en la naturaleza, en su visión del campo, de su campo, en la «sensibilidad campesina del que suscribe, hombre habituado a los amplios, inacabables horizontes de Castilla y a la tierra firme bajos los pies». (USA y yo.)

Hay en él varios modos de sensibilidad, desde la visión niña que escapa de los moldes de la ciudad y contempla el río, el panorama de la población desde sus alrededores o visita lenta y plomizamente el cementerio.

Mira también con el ojo del hombre del campo, cazador o emigrante que, trasplantado a otras tierras, adapta el paisaje y, en nombre del que ha dejado, casi llega a amarlo y añorarlo. Mira con los ojos del niño, que juega con miedo en el río y lo siente poblado y hostil, o con dolor por la incomprensión de los compañeros de la ciudad.

*«El hecho de ser de pueblo se me hacía una desgracia, y yo no podía explicar cómo se cazan gorriones con cepos o colorines con liga, ni que los espárragos, junto al arroyo, brotaban más recio...»
(Viejas historias de Castilla la Vieja.)*

Pero donde la naturaleza, siempre presente en Delibes, es paisaje, y ambiente, y tiempo, y vida, y hombre, donde la visión es completa y desde dentro, aquietada por la humanidad del autor y su protagonista, es en algunos relatos de caza. En ellos, con pocas líneas, nos sitúa a pie entre los matojos, participando de la misma expectación y de la misma belleza.

*«El viento casi me tumbaba, pero aguardé con paciencia tras el pimpollo, pues la perdiz cantaba allí mismo. Cuando la vi apeonar, a tiro estuve por sacudirla, pero aguardé por el placer de observarla.»
(Diario de un cazador.)*

En todas sus obras, la naturaleza es el asiento propio del relato, no la separa del hombre ni de sus recuerdos; hace más viva su presencia en las novelas situadas en el campo, pero nunca es total su ausencia en los ambientes de ciudad ni en las crónicas de viajes, aunque sólo sea como añoranza.

Es casi obsesiva la presencia de la muerte en la obra de Delibes; pero, como en todos sus temas, al tratarlo en el marco de lo cotidiano, al aire de lo que nos rodea y en el tiempo, tan transparente en sus palabras; en la naturalidad del idioma, esa presencia se hace cercana, menos terrible y fantasmal para el lector, a la vez que conserva todos los matices de angustia e incertidumbre para sus personajes. No es un autor obsesionado con la muerte, aun cuando presenta entre sus personajes gentes verdaderamente agarrotadas ante ella.

En La mortaja, un cuento delicioso y deprimente, la muerte es terror, uno más para el miedo hecho de muchos miedos del niño, hasta atenzarle o hasta hacerle superar su angustia propia al enfrentarla con el miedo o la codicia de los hombres.

En La sombra del ciprés es alargada la muerte es una constante en todo el casi trágico desarrollo del pesimismo; la muerte es un sentimiento de espera, de certidumbre, en que las pausas felices no son sino preparación.

Del mismo modo, Cinco horas con Mario tiene a la muerte como plataforma y diván de esa despiadada disección de la sociedad burguesa, que a través del autoanálisis de Menchu deja ver con lucidez la desintegración de esa vida en que la muerte no es su punto final, sino germen interno de todo lo que en ella, física o moralmente, huele ya a podrido y, aunque andan como vivos, están con la muerte inquietando tras la máscara.

O la muerte agotada del patético cuento El patio de vecindad, extraordinario retazo de vida, descrito directamente con la hornadex suma de ofrecernos el hombre y su ambiente tal como es. Más que en la noticia de muerte repetida por las ondas de los radioaficionados, se palpa en el corte final del relato.

«El patio de la vecindad era esta mañana un clamor. El viejo oprimió el interruptor y de pronto el mundo entero salió de la habitación y penetró en ella el silencio.»

El maduro dolor del niño ante la muerte de su juguete vivo, en El conejo, no es, sin embargo, tan patético como el del viejo cazador con alma de niño, torpe matador de su perra: «no podría vivir sin este animal», cuyo gesto es hecho inútil por la cruel indiferencia de su compañero.



«El hombre de la cicatriz, con el rostro vuelto a un cielo demasiado luminoso, bebía de la bota. Al concluir se limpió los labios con el envés de la mano, recogió la liebre y le apretó los riñones para que orinase. Dijo a continuación, calmosamente, a conciencia de que lastimaba al hombre bajo y mísero: —Yo iba a lo mío; no vi nada. Yo iba a lo mío.» (La perra.)

Se adivina en Parábola del naufrago otra idea de muerte a través de la soledad del hombre ante su absurda desintegración humana. O la visión de la agonía solitaria de un hombre en La hoja roja, a caballo de su mezquindad, entre un mundo que le rechaza y otro que ha prescindido de él al crecer sin hacerle hueco.

Es machacona la presencia de la muerte en esas pobres gentes del hospital, y en la trivialidad de la cena familiar de Nochebuena sin ambiente, en la que apenas se sabe en qué consiste el roce molesto de ese grupo de seres, si en el hueco dejado por la muerte entre sus filas o en la falta de nervio de su mentalidad materialista ante lo que le recuerda su responsabilidad trascendente y social; ante la bendición de la mesa hay algo que en ellos suena a hueco, que es otro tipo de muerte.

Más serena y natural es la idea de la muerte en las gentes de Diario de un cazador y Diario de un emigrante; se la ve venir sin opresiones, con cierto fatalismo, pero con los ojos claros, aun a través de los exabruptos del Tochano o de la fatalista reacción de Melecio, casi hundido hacia la absurda esperanza de que el nuevo hijo no es sino el que le llevó la muerte.

En torno a la muerte, su presencia o su evocación, ha logrado Delibes algunas de sus mejores páginas.

Quizá la constante más grata en la obra de Delibes es la de la infancia. No sólo cuando el protagonista es un niño, sino cuando en un cuerpo adulto asoma un alma simple como la de Desi de La hoja roja; la infancia desde dentro con el relato del recuerdo de un niño duramente transformado, o las figuras infantiles: deliciosa la del Nini de Las ratas. o la del Senderines menos niño, aun en la elección de sus juegos.

«En el camino, a pocos pasos de la casa, el Senderines manipulaba la arcilla e imprimía al barro las formas más diversas. A el Senderines le atraía todo aquello cuya forma cambiase al menor accidente. La monotonía, la rigidez de las cosas le abrumaba.» (La mortaja).

O la figura del Mele en el relato de Lorenzo el bedel cazador, o la vivencia del nacimiento del primer hijo en el diario del emigrante.

A veces la sensación de la infancia se hace oprimente y da miedo captar la soledad del protagonista de El conejo. soledad de afecto y ma-

durez amarga del niño que ha aprendido ya que para interesar a sus mayores en sus más inocentes juegos debe asociar a alguno de sus hermanos más favorecidos en el cariño de sus padres.

Otras veces el niño es conversación que acerca o entretiene las dos almas parcas del relato La fe, en la sala del hospital, o recuerdo emocionado hecho de remordimientos en el adulto. Otras veces es nostalgia del hombre que recuerda su infancia y es capaz de dolerse sobre ella.

Delibes, padre de muchos hijos, hace de sus relatos sobre los niños contraste frecuente con las vidas de los adultos, ternura, observación pausada llena de amor, y también motivación de examen profundo, que a veces hiere con cierta conciencia de culpabilidad ante el daño o ante el contraste. Una postura que siempre atrae y que hace adivinar en el autor un rico mundo interior de comprensión y de esperanza.

El último de los ingredientes que Delibes reconoce en sus escritos es el referente al prójimo; y en un escritor conferenciante y excelente periodista esta mirada atenta al hombre cercano es por sí misma definitiva.

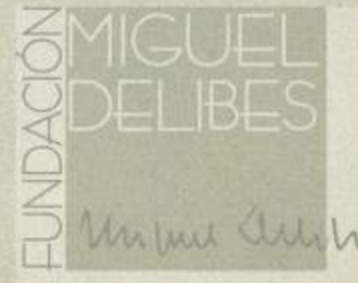
Los protagonistas de sus novelas, niños o adultos, cercados de amigos o fundamentalmente solos como el D. Eloy de La hoja roja, son centro, atracción, punto de mira o de contraste de los varios tipos humanos que se relacionan con ellos.

En los diversos escritos de Delibes el prójimo será familiar, amigo íntimo, conocido, compañero o rival y daño. Pero aparte de este cruce de relaciones entre los personajes, está la mirada del escritor sobre ese material humano que ama y critica y observa y siente tan cerca.

No es el escritor que plantea una tesis y ordena el estudio psicológico de sus personajes para defender ésta; es el hombre formado en periodismo objetivo, verdadero, que sabe prescindir de sí para dar lo que observa, lo que es y cómo es en los pueblos y sus moradores, en la ciudad y sus clases, en la visión de los grupos de vida y en el talante individual de las personas. Mantiene una visión directa, honrada, sobre las situaciones y, sobre todo, sobre las personas. Ve vivir la vida y la vive y la dice, en un lenguaje directo y rico, un lenguaje que se sensibiliza con las formas populares y habla según las mentalidades concretas y asimila las voces españolas e hispanoamericanas.

«Echamos la tarde donde los tíos. El huevón de él de que ve la guagua se pone más tierno que un pollo tomatero. Tampoco le ha cogido ley al crío que digamos. Y lo que yo le digo a la Anita, lo que vamos a conseguir con esto es malcriarle y luego vamos a enderechar el árbol torcido» (Diario de un emigrante).

El estudio del prójimo se hace humano cuando trata la gente del pueblo, cuando retrata la figura cauta y sentenciosa del Juan Gualberto en



La caza de la perdiz roja, o la cruel indiferencia ante los otros, vista a través de los ojos del niño que busca ayuda para amortajar al padre.

«El Senderines pensó con pavor en los lucios y, luego, en la necesidad de vestir a su padre, pero los amigos de su padre o habían dejado de serlo, o estaban afanados, o sentían miedo de los muertos» (La mortaja).

A veces se tiñe de tristeza al contemplar la soledad e incomunicación de los hombres, o critica a los provincianos burgueses en su ridícula cicería, al principio con cierto nostálgico cariño, más tarde con una impaciencia dura que ha perdido algo de su amor, cuando constata el estúpido estancamiento de mentalidad de clase que casi exaspera en Cinco horas con Mario.

Irónico en la visión de algunos tipos y situaciones que recoge en sus viajes y en sus relatos de caza, esta mirada al hombre próximo, relacionado por breve o largo tiempo, está llena de cariño y sobre todo de aceptación.

No discute, no reforma, no dogmatiza, critica mentalidades y situaciones, pero admite al hombre como es, estudia su ser y lo recibe con toda la sencillez que Delibes, como hombre y como escritor, ha hecho esencia de sí mismo.

Un nuevo académico, novelista, periodista, profesor. Autor de muchos y muy gratos libros, novelas, crónicas y libros de caza. Conferenciante y antiguo director de «El Norte de Castilla», viajero sin inquietud, pero con provecho. En resumen, un hombre, que es más, que escribe con humanidad, que enfoca su mirada sobre el hombre que es y tal como es, y al que molesta lo trivial, lo hueco y lo mezquino. Por fortuna.

M. J. RAMOS